

regalo varios caballos; hago partir seis de los mas hermosos á cargo de un picador árabe y de tres de mis mejores sais para que vayan, atravesando la Siria y la Caramania, á esperarme el 1.º de Julio en la orilla del golfo de Macri, frente por frente de la isla de Ródas, en el Asia-Menor. Al rayar el dia, el 15 de Abril de 1833, salimos de la casa donde Julia nos abrazó por última vez y nos dejó por el cielo!

¡Cuántas veces he besado, con cuantas lágrimas he bañado el piso de su cuarto! Aquella casa era para mí como una reliquia consagrada; todavía la veia en ella por do quiera; allí veia sus palomas, su caballo, su jardin, las dos hermosas niñas sirias que venian á jugar con ella!... Se levantan antes de amanecer, y vestidas con sus mas ricos atavíos, lloran y arrancan las flores de sus cabellos; les doy á cada una, para recuerdos de sus amigos, estrangeros, á quienes ya no volverán á ver mas que en sus pensamientos, un collar de piezas de oro para el dia de su boda: una de ellas, Anastasia, es la muger mas hermosa que he visto en Oriente.

El mar está como un espejo; las chalupas cargadas de nuestros amigos que van á acompañarnos hasta el buque, siguen la nuestra; damos la vela con una buena ventolina de Este; las costas de Siria, ceñidas de sus franjas de arena, desaparecen con las copas de las palmeras; las blancas cimas

del Líbano nos siguen largo tiempo sobre el mar; doblamos de noche el cabo Carmelo; al rayar el alba, estamos á la altura de San Juan de Acre, enfrente del golfo de Kaifá; la mar está hermosa y multitud de delfines saltan al rededor de nuestro buque; todo tiene una apariencia de fiesta y de alegría en la naturaleza y en las olas, al rededor de este buque que lleva unos corazones muertos á toda alegría y á toda serenidad: he pasado la noche sobre cubierta, ¿en qué pensamientos? ¡Mi corazón lo sabe! Seguimos las costas bajas de la Galilea; Jafa brilla como un peñasco de yeso en el horizonte, sobre una playa de arena blanca; nos dirigimos á ella; allí hacemos escala algunos dias: mi muger y aquellos de entre mis amigos que no pudieron acompañarme en mi viage á Jerusalem, no quieren pasar tan cerca del Santo Sepulcro sin ir á llevar á él algunos gemidos mas. Por la tarde refresca el viento, y echamos el ancla á las siete en la borrascosa rada de Jafa; la mar está demasiado picada para que podamos botar una lancha; al dia siguiente desembarcamos todos; disponen una caravana los señores Damiani, mis antiguos amigos, agentes de Francia en Jafa; se ponen en camino á las once para ir á hacer noche en Ramla: me quedo solo en casa de M. Damiani.

Paso cinco dias recorriendo solo los alrededores; los amigos árabes á quienes conocí en mis dos primeros viages, me llevan á los jardines que tienen

en las cercanías del pueblo; ya he descrito estos jardines; son unos profundos bosques de naranjos, de limoneros, de granados y de higueras, tan grandes como los nogales en Francia; el desierto de Gaza rodea por todas partes estos jardines: una familia de labradores árabes vive en una cabaña contigua; junto á ella hay una cisterna ó un pozo, camellos, cabras, carneros, palomas y gallinas. El suelo está cubierto de naranjos y de limones dulces caídos de los árboles;—se levanta una tienda en el borde de uno de los canales de regadío que fertilizan el terreno, sembrado de melones y de pepinos;—debajo se estienden alfombras; la tienda está abierta del lado del mar para recibir la brisa que sopla desde las diez de la mañana hasta la tarde, se perfuma pasando entre las copas de los naranjos y arrastra una lluvia de azahar. Desde allí se ven las puntas de los minaretes de Jafa y los bajeles que van y vienen del Asia Menor á Egipto. Así paso mis dias; escribo algunos versos sobre el único pensamiento que me ocupa:—quisiera quedarme aquí:—Jafa, pueblo separado de todo el universo, á la márgen del gran desierto de Egipto, cuya arena forma blancos collados alrededor de estos bosques de naranjos, bajo un cielo siempre puro y tibio, seria una morada perfecta para un hombre cansado de la vida y que no desea mas que un rincón al sol.

La caravana vuelve en fin.

Pido á mi muger algunos pormenores sobre Belen y sobre los puntos circunvecinos que la peste me impidió visitar en mi primer viage: me los da y los inserto aquí:

“Al salir de los jardines de Jafa, atravesamos á galope una inmensa llanura, cubierta entónces de cardos amarillos y morados. De trecho en trecho grandes rebaños que picaba un árabe á caballo, armado de una larga lanza, como en las Lagunas Pontinas buscaban un raro sustento entre las yerbas que todavía no habia calcinado el sol enteramente. Mas lejos, á nuestra derecha, y como á la entrada del desierto de El-Arish, algunos montones de barro, cubiertos de yerba seca, se alzaban del suelo, como hacinas de heno amarilleadas por la tempestad ántes de que haya podido recogerlas el cosechero:—aquello era una aldea.

“Cuando nos acercamos á ella vimos una multitud de chiquillos encueros salir como lapones, de aquellos pequeños conos volcados que formaban sus habitaciones; algunas mugeres, muy desgrefñadas, cubiertas apenas con una camisa azul, dejaban la lumbre que estaban encendiendo sobre dos piedras para preparar la comida, y subian á lo alto de su choza para vernos desfilar.

“Al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á Ramla, donde nos aguardaba el agente del consu-

lado sardo, que tenia la bondad de prestarnos su casa;—las mugeres no podian hospedarse en el convento latino. Por la tarde visitamos una antigua torre á medio cuarto de legua de la ciudad, llamada la Torre de los cuarenta Mártires, ocupada ahora por los dervis giradores.

“Era un viérnes, dia de ceremonia para su culto, y asistimos á ella.

“Unos veinte dervis, vestidos de un largo ropon y de un gorro puntiagudo de fieltro blanco, estaban acurrucados en corro en un recinto rodeado de una barandilla; el que parecia ser el gefe, venerable anciano de larga barba blanca, estaba, por distincion sentado sobre un cojin y dominaba á los otros. Una orquesta compuesta de un *nahi* ó bajon, de un *shoukabé*, especie de clarinete, y de dos tamborcillos reunidos, llamados *nacariate*, tocaba los mas discordantes cantos para nuestros oidos europeos. Los dervis se levantan con gravedad uno á uno, pasan por delante del superior, le saludan, y empiezan á dar vueltas con los brazos estirados, y alzados los ojos al cielo. Su movimiento pausado al principio, se va animando poco á poco, llega á una estremada rapidez y acaba por formar una especie de torbellino en que todo es confusion, deslumbramiento; miéntras que la vista puede seguirlos, sus miradas parece que espresan una gran ec-saltacion; pero en breve ya no se distingue nada.

No podré determinar el tiempo que duró aquel extraño waltz, pero me pareció larguísimo. Poco á poco sin embargo iba disminuyendo el número de los que daban las tales vueltas; rendidos de cansancio se iban dejando caer uno despues de otro y quedaban en su primera actitud; los últimos parecia que ponian gran persistencia en girar lo mas posible, y me daba lástima ver los esfuerzos que hacia un viejo dervis, jadeando y no pudiéndose tener al cabo de aquella dura prueba, para no ceder sino el último. Entretanto nuestros árabes nos hablan de sus supersticiones; aseguran que un cristiano recitando continuamente el *credo*, obligaria al musulman á girar sin fin por efecto de impulso irresistible hasta morir, que de ello habia muchos ejemplos, y que una vez habiendo descubierto los dervis al que empleaba este sortilegio, le obligaron á recitar el *credo* al reves, y destruyeron el hechizo en el momento en que iba á espirar el que daba las vueltas; y nosotros hacemos tristes reflexiones sobre la flaqueza de la razon humana, que busca á tientas, como el ciego, su senda hácia el cielo, y yerra tantas veces el camino. Estas raras estravagancias que degradan en cierto modo á la inteligencia humana, tenian sin embargo un fin digno de respeto y un noble principio. Aquello representaba al hombre queriendo honrar á Dios,—la imaginacion ansioso de exaltarse por movimiento fisico, y llegar, como

llega por medio del opio, á aquel aturdimiento divino, á aquel completo anonadamiento del sentimiento y del yo, que le permite creer que se ha abismado en la unidad infinita y que comunica con Dios!

“Era acaso una imitacion devota, en el origen, de los movimientos de los astros girando en torno del Criador; era, acaso, un efecto de aquella misma inspiracion entusiasta y apasionada que hizo antiguamente á David bailar delante del Area del Señor. Algunos de nosotros hacian lo que la muger del rey profeta, y estaban tentados de burlarse de los dervis. ¡Les parecian insensatos! como á hombres que ignorasen el fondo de nuestro culto podrian parecerles absurdas algunas observaciones monacales,—la mendicidad de nuestros frailes, las maceraciones de ciertas órdenes ascéticas; pero por mas absurda que sea á la primera ojeada de la razon una práctica religiosa, una razon mas profunda y mas alta halla siempre algo que respetar en ella,—el motivo que la inspira. Nada de lo que se roza con la idea de Dios es ridículo; es á veces atroz, muchas veces insensato, pero siempre serio. La conciencia del dervis está en paz cuando ha llevado á cabo su piadoso wálz, y cree que sus piruetas han honrado á la Divinidad; pero si no le miramos como ridículo, estamos á veces tentados de tenerle lástima, y no sé si tenemos mas derecho para lo uno que para lo otro. Nosotros mismos,

¿qué seria de nosotros sin las enseñanzas del cristianismo que han venido á iluminar nuestra razon? ¿Seria mas luminosa que la suya? Ahí está la historia para responder. Se halla un Platon por millares de idólatras.

“Al salir de la torre, entramos en las galerías de un claustro arruinado, que conducen á una iglesia subterránea; bajamos por algunas gradas á una bóveda rebajada sostenida por una hermosa columna. El aspecto de una iglesia subterránea me ha parecido siempre de un efecto imponente y patético al mismo tiempo: la oscuridad misteriosa, la soledad de aquellas silenciosas bóvedas, trasportan la imaginacion á los primeros tiempos del culto, cuando los cristianos se retiraban á profundas grutas para ocultar sus misterios á los ojos profanos, y sustraerse á la persecucion. En Oriente, la mayor parte de estas iglesias parecen construidas para embellecer aquellos primitivos asilos, y adornar, con todo el lujo de la arquitectura, aquellos humildes retiros donde la fé se escondió largo tiempo, como para vengar, con una brillante reparacion, las humillaciones y las injurias de la dominacion pagana; pero el tiempo de las persecuciones debia renacer para los infelices cristianos, y el nombre de este monumento, *Los Cuarenta mártires*, haria creer que sirvió de refugio á los fieles, sin poder protegerlos: Ahora está todo arruinado; las naves y las colum-

natas construidas por los emperadores no han inspirado mas respeto à los vencedores que las humildes grutas de los primeros discípulos de la cruz; las bóvedas sirven de caballerizas y los claustros de cuarteles.

“Todavía se ven algunas sepulturas del tiempo de los cruzados, pero la noche nos impidió detenernos mas, pues teniamos que volvernos para disponer la caravana del dia siguiente. El agá de Ramla nos dió una escolta, y recomendó à los *Caravas* en jefe que no se separasen de mí un momento en los desfiladeros de las montañas en que íbamos à entrar, y que para todo tomasen mis órdenes. El respeto de los musulmanes à las mugeres europeas forma un contraste singular con la dependencia en que tienen à las suyas: en efecto quedamos contentísimos de la suma cortesía de aquel jenízaro, siempre al lado de mi yegua, no comprendia como podia tenerme en equilibrio en los escarpados senderos que íbamos trepando; mas adelante nos fué muy útil, cuando encontramos, precisamente en aquellas gargantas, innumerables peregrinos que volvian de Jerusalem, que nos cerraban el paso; él los obligó à cedernos el sendero menos malo entre los peñones de granito y las raices de los arbustos que ceñian el barranco y nos impedian rodar al precipicio; à no mediar su autoridad, hubieran ocurrido mil percances en aquel angosto y difícil paso.

“Al salir de Ramla, el camino continúa por un llano durante dos leguas; nos paramos en los Pozos de Job, pero como no llevábamos cántaros para sacar agua, y esta estaba muy baja, proseguimos nuestra marcha. Todo este pais conserva vestigios tan vivos de los tiempos bíblicos, que ninguna sorpresa, ninguna dificultad experimenta uno en admitir las tradiciones que dan el nombre de Jacob à un pozo que todavía existe, y se espera uno à ver al patriarca abreviar en él los rebaños de Raquel, lejos de dudar de su edentidad. Solo por la reflexión llega uno al asombro ó à la duda, cuando los cuatro mil años trascurridos y las diferentes fases por donde ha pasado la humanidad se presentan à la imaginacion y vienen à hacer titubear la fè; por lo demas, en una llanura en que no se encuentra agua mas que de tres en tres ó de cuatro en cuatro horas, un pozo, un manantial, ha debido ser un objeto tan importante en los siglos pasados como hoy, y su nombre ha podido conservarse tan religiosamente como el de las torres de David ó el de las cisternas de Salomon. Pronto entramos en las montañas de la Judea; el camino es cada vez peor; ya el borde de un precipicio no deja à los caballos mas que el espacio preciso para poner la planta; ya las peñas rodadas y hacinadas en mitad del sendero forman una empinada escalera que solo pueden subir los caballos árabes; pero, por malo que sea

este camino, no presenta ningun peligro comparable á los de la subida del valle de Hamana.

“En lo alto de la primera cima, nos volvemos un instante para disfrutar de una vista magnífica sobre todo el pais que acabamos de recorrer hasta la playa mas allá de Jafa: aunque todo estaba sereno al rededor nuestro, el horizonte del mar, rojo y cargado, anunciaba á un ojo esperto una próxima tempestad; ya las olas agitaban los buques en la rada, y procuramos distinguir el nuestro, pensando en los que se han quedado á bordo. Mis tristes previsiones no eran infundadas; al dia siguiente varios buques fueron arrojados á aquella peligrosa costa, y el nuestro, despues de haber garrado largo tiempo sobre el ancla, rompió su cable en medio de un espantoso vendabal. Despues de aquella breve parada, bajamos la vertiente de la montaña para subir otras nuevas, ya entre avenidas de piedras que ruedan bajo los piés de nuestros caballos, ya por el borde de una estrecha cornisa. Las costas, á derecha é izquierda, son á veces muy frondosas; la brillante verdura de los fresales y de los durillos contrasta con el pálido color de los lentiscos y de los olivos. Muchas veces solo faltaba agua para que fuese el paisage completo; pero otro espectáculo de distinta naturaleza nos aguardaba. Una procesion de innumerables peregrinos de todas nociones, que volvían de Jerusa-

len, desfilaba en frente de nosotros, desde la cumbre de una pelada y árida montaña hasta la garganta donde nos hallábamos. Nada podria representar el pintoresco efecto de aquella escena. La variedad de los colores, de los trages, de las aposuras; desde el rico armenio hasta el mas pobre monge griego, todo contribuia á embellecerla. Despues de haber admirado el efecto general, pudimos á todo nuestro sabor ecsaminar sus pormenores en las dos horas que tardamos en cruzarnos mutuamente: ya pasaba un patriarca griego, con su lijosa vestimenta, magestuosamente sentado en una silla de grana de oro, llevándole el caballo de la rienda dos sais, y seguido de una muchedumbre á pié, comitiva parecida á la marcha triunfal de un legado del papa en la edad media;—ya una pobre familia cuyo padre conducia con el báculo de peregrino un macho cargado de chiquillos; el mayor montado en el pescuezo del animal, llevaba un cordel por brida y un cirio por estandarte. Otros niños, hacinados en canastos á modo de aguaderas, mordiscaban algunos restos de pan bendito; la madre, pálida y estenuada, seguia á duras penas, dando el pecho al mas chiquito, suspendido de su cuello en una ancha faja; luego seguia una larga hilera de neófitos, cada uno de los cuales llevaba un enorme cirio pascual conforme al rito griego y salmodiando con acento nasal y monótono;—mas lejos, los jüfos con turbantes colorados, con

largas barbas negras, notables por sus ojos penetrantes y siniestros, parecia que maldecian interiormente un culto que les habia desheredado. ¿Por qué se hallaban en aquella muchedumbre de cristianos? Unos se habian aprovechado de la caravana para ir à visitar la sepultura de David ó el valle de Tiberiades; otros habian especulado sobre el lucro probable suministrando víveres à la multitud.

De cuando en cuando interrumpian la hilera pedestre algunos camelleros cargados de inmensos fardos, y acompañados de sus camelleros vestidos al uso árabe,—ancho calzon pardo bordado de azul, y el *cafié* amarillo en la cabeza; luego seguian las familias armenias; las mugeres tapadas con su gran velo blanco, viajaban en un *tatrewan*, especie de jaula colocada sobre dos machos; los hombres, con largos ropones de color oscuro, la cabeza cubierta con el gran *calpack* cuadrado de los habitantes de Esmirna, llevaban de la mano à sus hijos, cuyo aspecto grave, reflexivo, calculador, en nada deja traslucir la natural ligereza de la infancia;—multitud de marineros griegos y de patronos de bajeles piratas, recién llegados de los puertos del Asia Menor y del Archipiélago, cargados de peregrinos como un negrero de esclavos, juraban en su lengua enérgica y aceleraban la marcha para volver à embarcar cuanto antes su cargamento de hombres. Un niño enfermo iba en una litera, rodeado de su familia, que lloraba su esperanza frustrada del mi-

lagro de la súbita cura que esperaban de su devota peregrinacion.

¡Ah! yo tambien lloraba, y habia esperado é implorando à Dios como ellos; pero mas desgraciada que ellos todavia, no tenia ni aun la incertidumbre de mi desventura!

“Al fin iba una muchedumbre de miserables cofetos andrajosos, mugeres y niños, arrastrándose con trabajo cual si salieran de un hospital. Toda aquella turba, tostada por el sol, jadeando de sed, andaba lo mas aprisa que podia para alcanzar la caravana y no quedarse abandonada en los desfiladeros de las montañas. Vergüenza me daba verme à caballo, escoltada por jenízaros, acompañada por buenos amigos que me evitan todo peligro, toda molestia, mientras que una fe tan viva habia arrastrado à millares de individuos à arrostrar fatigas, enfermedades, todo linage de privaciones. Aquellos eran verdaderos peregrinos; yo no era mas que una viagera.

“Entre aquella primera cordillera y las últimas montañas que dominan à Jerusalem, se hallan un gracioso valle y la aldea de Jeremías. Acabábamos de pasar por delante de la antigua iglesia griega que, como tantas otras, es ahora un establo, cuando vimos como hasta unos cien árabes dispuestos en anfiteatro en la ladera de la colina y sentados bajo hermosos olivos. En medio del cor-

ro, y sobre un cerro que dominaba los otros, estaba el gefe, el famoso Abugosh, en pié; á ambos lados de él, se veían su hermano y su hijo bien armados y fumando sus pipas; sus caballos, atados á los árboles detras de ellos completaban el cuadro. Al llegar nuestra caravana, envió á su hijo á parlamentar con nuestro dragoman que caminaba á la cabeza, y cuando supo que la escolta conducía a Jerusalem á la muger del emir franco á quien habia conocido hacia seis meses, me suplicó que nos detuviésemos y aceptásemos el café.

“Guardámonos muy bien de rehusar, y habiendo distribuido á nuestros *carvas* y á nuestros camelleros las provisiones para la parada, nos dejamos conducir á una pequeña distancia del grupo de los árabes. Allí, nuestra dignidad ecsigia que nos detuviésemos para esperar que ellos anduviesen la mitad del camino, y con efecto, Abugosh se puso en pié y se llegó á M. de Parseval. Despues de habernos hecho mil cumplimientos y ofrecídonos el café, me pidió una audiencia reservada. Hice que se retirasen los míos á cuatro pasos, y por medio de mi intérprete, supe que un hermano suyo se hallaba prisionero en poder de los Egipcios, y que creyendo que mi marido tenia un inmenso influjo en los consejos de Ibrahim-Bajá, me rogaba que solicitase su intervencion en su favor para que le pusiesen en libertad. Muy distantes estábamos seguramenta de tener el crédito que nos su-

ponia, pero la casualidad quiso que me fuese posible hacerle aquel servicio.

“Cuando llegamos junto á Jerusalem, interceptaba la vista de las murallas un gran campamento de tropas de Ibrahim-Bajá. Los centinelas se adelantan, nos eesaminan, hablan á nuestro dragoman, y nos abren paso por entre el campamento: pronto nos hallamos en frente de la tienda del general. Las cortinas levantadas nos lo dejan ver, tendido en un divan de cachemira, rodeado de sus oficiales, unos de pié, otros sentados sobre alfombras de Persia; sus vestidos de espléndidos colores, guarnecidos de ricas pieles y recamados de oro, sus brillantes armas, los esclavos negros que le presentaban el café en bandejas de plata, formaban para nosotros una escena vistosa y nueva. Al rededor de las tiendas, los sais paseaban los mas hermosos caballos árabes, para que se secase la espuma de su reluciente pelo: otros sujetos con trabas, relinchaban de impaciencia, herian la tierra con el casco, y lanzaban miradas de fuego á un piquete de caballería pronto á partir. Las tropas egipcias, formadas de reclutas nuevos, mezquinamente vestidos de colorado, medio á la europea, medio á la oriental, contrastaban con los árabes cuyos trages eran hermosos y muy holgados. Y sin embargo, aquellos egipcios pequeños, feillos y de mala facha, marchaban de conquista en con-



quista, y hacian temblar al sultan hasta en las puertas de Constantinopla!

“Entramos en la ciudad santa por la puerta de Belén, torciendo inmediatamente à la izquierda para pasar el barrio donde está el convento latino. Como no se recibe en él à las mugeres, tomamos posesion de una casa generalmente desocupada; pero que sirve para alojar à los estrangeros cuando está ya lleno el convento de los padres de la Tierra-Santa. Tendemos nuestros colchones sobre unos bancos dispuesto para este efecto, esperando descansar de las emociones del dia y hallar fuerzas para soportar otras nuevas y mas palpitantes todavía; pero asaltados por millares de insectos, de mosquitos, de pulgas, de chinches, que sin duda carecian de sustento hacia mucho tiempo en aquellos cuartos desiertos, ó que, suposicion mas funesta todavía, eran las reliquias que habian dejado allí algunos de aquellos peregrinos desarrapados que encontramos en el camino, no pudimos cerrar los ojos y pasamos la noche entera mudando de sitio para huir de aquella peste; así fué que uno de nuestros compañeros de viage, à pesar de nuestras exhortaciones para que tuviese paciencia, acabó por ir à refugiarse en el convento. Vino à vernos el procurador general, y nos dijo que, si le hubieran avisado, hubiera hecho disponer mejor posada para recibirnos, y prometió arreglarlo para el dia si-

guiente:—me deshago en escusás, le aseguro que no carecemos de nada, y todavía me avergüenzo de nuestro poco sufrimiento delante de aquel humilde apóstol de la pobreza y de la abnegacion.

“El procurador general era un español de superior capacidad, dotado de una alta inteligencia de los hombres y de las cosas. Durante nuestra residencia en Jerusalén, tuve ocasion de apreciar particularmente su indulgente bondad, su mérito y la utilidad de su influjo en la Tierra-Santa; pero de edad apenas de cincuenta años, su carrera de pruebas debia acabar en este mundo por el martirio, —en el momento tal vez en que esperaba disfrutar algun descanso en su pais natal. Habiéndose embarcado, poco tiempo despues de nuestra partida, para volver à España, fué asesinado con otros quince religiosos por unos marineros griegos, no lejos de la costa de Chipre. Un muchacho musulman, el único que escapó de la matanza, persiguió y denunció à los asesinos, que fueron cogidos en Caramania.

“Al amanecer del dia siguiente empezamos à visitar los Santos lugares; pero aquí debo detenerme y callar las íntimas sensaciones que me inspiraron aquellos sitios porque todas me son personales. Tampoco hablaré del aspectode las calles de Jerusalén, ya descritas por mis compañeros de viage. Encerré en mi corazon todas mis impresiones, y cier-

to que ninguna necesidad tenia de escribirlas, pues eran harto profundas para que se borren nunca de mi memoria; si hay sitios en el mundo que tienen la dolorosa facultad de despertar todo lo que hay de tristeza y de luto en el corazon humano y de responder al dolor interior con un dolor, por decirlo así, material, estos son seguramente. Cada paso que se da aquí resuena hasta el fondo del alma, como la voz de las lamentaciones, y cada mirada cae sobre un monumento de santa tristeza que absorbe nuestras tristezas individuales en aquellas inefables miserias de la humanidad que fueron padecidas, espiadas y consagradas aquí!

Salimos de Jerusalem á las cinco de la mañana á fin de llegar á Belén á la hora en que se dice misa en la gruta de la Natividad; un anciano religioso español, de larga barba, cubierto de un *machlah* (1) listado con anchas rayas negras y blancas, y cuyos pies tocaban el suelo, pues iba montado en un borriquillo muy pequeño, iba delante y nos servía de guía. Aunque estábamos en el mes de Abril, un viento glacial soplaba con violencia y amenazaba derribar á mi caballo y á mí con él aquella ventisca era el último resto del huracan que habia revuelto el mar de Jafa. El polvo que se alzaba en remolino me cegaba, abandoné las

[1] Capa beduina.

riendas de mi yegua á mi sais árabe, y embozándome bien en mi *machlah*, me concentré en las reflexiones que inspiraban naturalmente el camino que seguíamos y los objetos consagrados por la tradicion; pero estos objetos son demasiado conocidos, y no me pararé á describirlos;—el olivo del profeta Elías,—la fuente donde se volvió á aparecer la estrella á los magos,—el sitio de Rama, de donde salia la amarga voz que resonaba en mi propio corazon, todo escitaba en mí sensaciones demasiado íntimas para espresarlas.

“El convento latino de Belén] habia estado cerrado once meses á causa de la peste; pero ya hacia algun tiempo que no habia habido nuevas víctimas, y cuando nos presentamos en la puertecilla baja que da entrada al monasterio, se abrió para nosotros; despues de haber pasado uno á uno, agachándonos bajo la estrecha abertura, nuestro primer movimiento fuè de sorpresa al hallarnos en una magestuosa iglesia; cuarenta y ocho columnas de mármol, cada cual de una sola pieza, colocadas en dos hileras á cada lado, formaban cinco naves, coronadas por un macizo maderámen de palo de cedro; pero en vano buscamos el altar y el púlpito, todo estaba hecho pedazos, y una pared groseramente labrada, dividia aquel hermoso buque en el nacimiento de la cruz; y ocultaba así la parte reservada al culto, que todavía se disputan las diver-

sas comuniones cristianas. La nave pertenece á los Latinos, pero no sirve mas que de vestibulo para el convento; se ha tapiado la puerta principal, y la poterna baja por donde penetramos se habia abierto para preservar aquellas veneradas reliquias de la profanacion de las hordas de árabes bandoleiros que entraban á caballo hasta el pié del altar para coger á los religiosos y escigirles luego buenos rescates.

“El padre superior nos recibe con cordialidad; — su rostro afable, sereno y contento está tan distante de la austeridad del anacoreta, como de la jovial incuria de que se acusa á los frailes, nos hace varias preguntas acerca del pais que acabamos de recorrer y de las tropas egipcias acampadas tan cerca de ellos. Once meses de reclusion le tenian sediento de noticias, y se tranquilizó enteramente cuando supo que Ibrahim-Bajá concedia proteccion á las poblaciones cristianas de Siria.

“Despues de algunos momentos de descanso, nos preparamos á oír misa en la capilla del Pesebre; encienden una linterna, y bajamos, siguiendo á los padres, hasta un largo laberinto de corredores subterráneos que es preciso atravesar para llegar á la gruta sagrada. Estos subterráneos están poblados de sepulturas y de recuerdos; — aquí está el sepulcro de S. Gerónimo, allí el de santa Paula, aquí el de santa Eustoquia, allí el Pozo de los Inocentes;

pero nada puede fijar nuestra atencion en este momento: la brillante claridad de treinta ó cuarenta lámparas, bajo una pequeña bóveda, en el fondo del pasadizo, nos muestra el altar construido en el sitio mismo de la Natividad, y dos pasos mas abajo, á la derecha, el del Pesebre; estas grutas naturales están en parte tapizadas de marmol para sustraerlas á la indiscreta dovocion de los peregrinos, que desgarraban sus paredes para llevarse algunos fragmentos, pero todavía se puede tocar la roca pelada detras de las losas de mármol con que se ha cubierto, y el subterráneo en general ha conservado la irregularidad de su forma primitiva; los ornatos no han alterado aquí la naturaleza, como en algunos lugares santos, hasta el punto de inspirar dudas acerca de su autenticidad, y solo sirven para preservar el recinto natural; así es que, pasando bajo estas bóvedas y estas aberturas en la roca, se comprende sin dificultad que han debido servir de establos para los rebaños que apacentaban los pastores en el llano, cubierto todavía hoy de verdes praderas, que se estienden á lo lejos bajo la meseta de peñascos que coronan la iglesia y el convento, como una ciudadela; la salida exterior de los subterráneos que comunicaba con la pradera se ha cerrado; pero algunos pasos mas adelante se puede visitar otra caverna del mismo género y que debia tener el mismo destino.

“Asistimos á la misa.